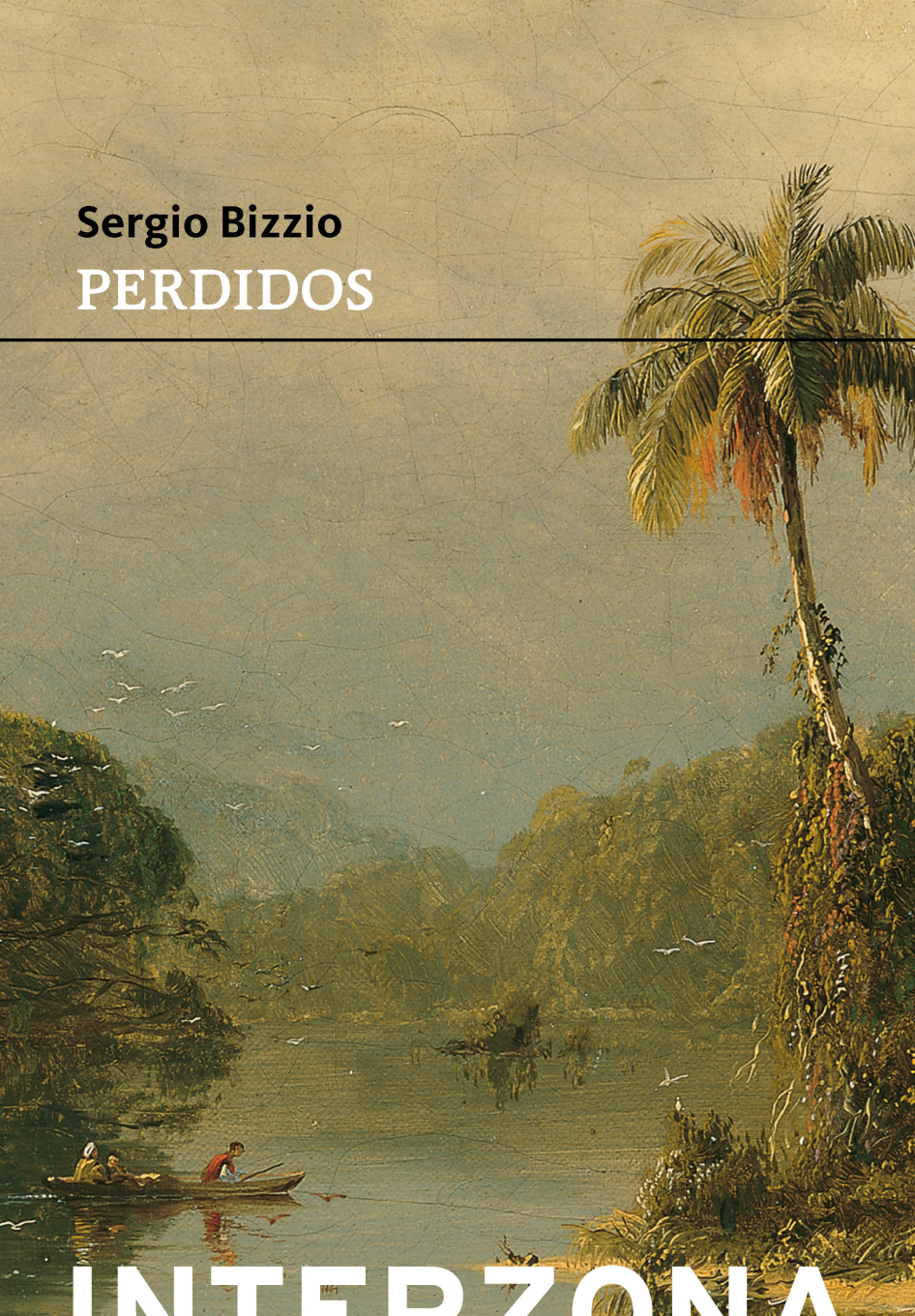


Sergio Bizzio
PERDIDOS



INTERZONA



PERDIDOS



Sergio Bizzio

PERDIDOS

INTERZONA

INTERZONA

Bizzio, Sergio

Perdidos / Sergio Bizzio – 1a ed. – Buenos Aires:

Interzona Editora, 2021.

112 p.; 18 x 12 cm. (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-040-8

© Sergio Bizzio, 2021

by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh.

Nicole Witt e.K., Frankfurt am Main, Germany

© interZona editora, 2021

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Composición de tapa e interiores: Luciano Páez

Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-790-040-8

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PERDIDOS

Salimos del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el 17 de junio de 1495 y llegamos al nuevo mundo dos meses y quince días después. Comandaba la misión el gobernador Frutos de Lara, con orden y mandato del rey para conquistar y gobernar la mayor cantidad de territorio posible de acuerdo a nuestra capacidad: una armada de tres naves, con ciento veinte hombres cada una. Llevábamos arcabuces, ballestas, collares y caballos. La tripulación estaba compuesta por un alto porcentaje de ladrones, convictos, asesinos, miserables, buscavidas, prófugos, infieles, frailes, tesoreros y alguaciles. El resto eran marineros profesionales, honestos pero muy maleables.

Navegamos en fila india. El capitán de la segunda nave, en la que iba yo, era demasiado fino para una expedición como aquella, y también un monstruo. Llevaba en el camarote dos baúles de gran tamaño llenos de camisas blancas de hilo; se afeitaba todas las mañanas, se limaba las uñas, comía con una servilleta sobre las piernas y ante el menor tintineo en la bandeja de té no vacilaba en castigar al mozo que lo servía por la agitación del mar. Como todos los hombres malos, estaba orgulloso de serlo. Un mes y medio después de la partida ordenó arrojar por la borda a un joven que se había robado un pedazo de pan, y terminaron arrojándolo a él. Estábamos a distancia suficiente de la nave que iba adelante y de la que iba atrás para que nadie viese nada. El segundo del capitán, Ciruelos Hoyo, se ganó el respeto de los amotinados cuando mandó sacar los remos y frenar la nave para que la tormenta que desde hacía ya varios días viajaba con nosotros, a nuestro ritmo, emperrada en hundirnos, pasara y se alejara. Después miramos todos para atrás. El mar planchado, el horizonte vacío. Al día siguiente seguíamos ahí, pero el tercer navío nunca apareció. O lo había hundido la tormenta o se había perdido. Navegamos solos hasta que por fin avistamos tierra. Era una isla, y nos fuimos enseguida; no había nada aparte de rocas, gaviotas y arena negra. Al día siguiente llegamos a otra isla, muy parecida a la primera, así que ni paramos, y al día siguiente a otra, y a otra, y a otra, todas iguales. Después de mucho zigzaguar entre islas muertas llegamos por fin al continente.

Seguimos la costa durante buena parte del día; era tan escarpada que no pensamos ni en acercarnos. A la tarde ingresamos en la desembocadura de un río, seguros de que la otra nave, la que llevaba la delantera, había hecho lo mismo y debía estar esperándonos, pero remontamos un buen trecho del río sin encontrarla. Por la noche soltamos el ancla, comimos guiso con galleta mientras los mosquitos nos comían a nosotros y tratamos de dormir; algunos lo consiguieron, aunque de manera salteada. Al amanecer descubrimos unas siluetas que se movían en la margen del río, a estribor, ocultas en un pastizal. Gritamos llamándolos, pero lo único que conseguimos fue que dejaran de moverse. Levamos ancla y seguimos adelante. La vegetación en las dos márgenes, frondosa al principio, empezó a achatarse y a ralearse a medida que el río se angostaba. Horas después llegamos a una bifurcación. Ciruelos Hoyo mandó un bote para cada lado, con veinte hombres cada uno, a fin de inspeccionar el terreno y decidir por cuál de los dos brazos podríamos navegar. La nave esperaba ahí nuestro regreso. Yo iba en el bote que agarró para la izquierda. Remábamos con fuerza, por turnos. Todo chillaba a nuestro paso. No pasó mucho tiempo hasta que comprobamos que ninguna nave como la nuestra podría haber navegado nunca por ahí. La profundidad era escasa, no alcanzaba los dos metros; las márgenes aparecían y desaparecían en un zigzag permanente. Si la nave que buscábamos había seguido río arriba, sin duda lo había hecho por el otro brazo. Emprendimos el regreso. Estábamos en eso cuando de pronto recibimos una lluvia de flechas. Y digo bien: todas al mismo tiempo, como un único disparo. No hirieron a nadie, pero en la segunda descarga, un poco más desprolija que la anterior,

mataron a dos; uno cayó al agua, el otro se arrodilló en el fondo del bote con el cuello atravesado de lado a lado y murió mientras remábamos frenéticamente hacia la orilla opuesta. Ya fuera del alcance de las flechas bajamos del bote, enterramos al muerto y decidimos esperar a que se hiciera de noche para volver al río. Y así lo hicimos. No fue una buena decisión. Aunque no había luna, las flechas llovieron de nuevo sobre nosotros. Éramos blanco fácil en el río, por lo que abandonamos el bote y seguimos a pie. Tampoco esa fue una buena decisión. La oscuridad era total, a cada paso tropezábamos, las espinas parecían buscarnos, hojas filosas nos cortaban la cara. A mí me la dio cien veces una hoja que abundaba por allí, dentada, fina y larga como un sable y perlada de pequeños globos de leche que estallaban en relámpagos argentinos apenas me rozaba. ¡Ah, si yo hubiera sido botánico, y no escribano, qué magnífico registro hubiera podido llevar de la enorme variedad de especies vegetales que nos salían al encuentro, ellas a nosotros, como seres conscientes, no solamente vivas, en lugar de abrirme paso con odio por entre ellas! Agotados, nos detuvimos al pie de un árbol y nos sentamos en sus raíces, gruesas y húmedas y duras como hierro. Por supuesto, ignorábamos qué clase de animales había en aquella selva, así que nos mantuvimos despiertos y alertas toda la noche, apuntando al frente con ballestas y arcabuces. Al amanecer retomamos la marcha. Teníamos heridas en los brazos, en las piernas, la ropa ensangrentada y hecha jirones. De tanto en tanto la selva se cerraba por encima nuestro formando un túnel que nos llevaba a su antojo. Nos sabíamos incapaces de abrirnos paso por los costados, tan espesos y compactos eran, a fin de no alejarnos demasiado del río, que sin embargo hacía horas ya

que no veíamos ni oíamos, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Subimos una colina que no habíamos visto desde el bote, frondosa aún en la parte más alta, y bajamos por el otro lado. El calor y la sed eran casi tan insoportables como los mosquitos. Para engañar la sed barríamos con el canto de la mano la transpiración de la cara hacia abajo y del cuello hacia arriba y nos mojábamos los labios y la lengua. El hambre también se hacía sentir. En tres días no habíamos comido más que puñados de pasto agrio que escupíamos enseguida y cortezas que arrancábamos de los árboles al pasar. Llevábamos dos noches sin dormir y tres días sin comer ni tomar agua cuando nos topamos de frente con un grupo de indios. Eran menos que nosotros, alrededor de diez, armados con arcos y flechas. Uno de ellos cargaba sobre los hombros un mono muerto. No parecían agresivos; al contrario, pasada la sorpresa inicial empezaron a reírse de nosotros, señalándonos y codeándose entre ellos. La hilaridad les duró tanto que consiguieron ofendernos. Uno de los nuestros, irritado, empuñó el arcabuz y disparó al aire. En el acto una flecha le atravesó el cuello. Se sucedieron gestos pidiendo calma en un bando y otro. Excepto el indio que llevaba el mono sobre los hombros, todos nos apuntaban al pecho. Yo traté largo rato de comunicarme por señas. No entendían, pero les daba curiosidad, y uno tras otro fueron bajando los arcos. Hice toda clase de señas diciendo o queriendo decir que buscábamos el río. Finalmente uno de ellos dio un fuerte pisotón en el suelo y nos indicó que lo siguiéramos.

En lugar de llevarnos al río, nos llevaron a su aldea. Había unas veinte chozas, hechas con cuatro palos y un techo de esterilla, sin paredes. Unos niños, media docena de mujeres y dos ancianos nos salieron al encuentro. Los hombres hablaron durante horas, mientras nosotros seguíamos ahí parados sin saber qué hacer. Estuvimos tres semanas en la aldea. Eran muy amistosos y se desvivían por atendernos, pero cualquier cosa era motivo de un interminable relato, del que nos hacían participar aunque se daban cuenta de que no entendíamos una sola palabra, lo que muy pronto nos resultó insoportable. Les llevaba tanto tiempo narrar el episodio más trivial, la herida de un dedo, un dolor de muelas, que se pasaban el día hablando, en general con nosotros, en la choza que nos habían ofrecido. En el suelo habían dispuesto unos cueros tan malolientes que se nos hacía difícil conciliar el sueño. Estábamos aturridos, además. Ruis me hizo notar que no eran grandes conversadores, entre ellos, desde luego, sino grandes monologuistas, conclusión a la que había llegado observando la expresión de los oyentes: resignada, como atrapados, atrapados contra su voluntad. El monólogo se había instalado entre ellos como una estrategia de ataque defensivo: el que tomaba la palabra primero, se evitaba el relato del otro, al que entonces no le quedaba más remedio que escuchar. A mí la teoría de Ruis me parecía un poco rebuscada, pero a su luz me puse yo también a observarlos con detenimiento y no se me escapó que el que hablaba, a fin de anular la posibilidad del intercambio, lo hacía sin pausa, se diría que sin respirar. Por la noche, todas las noches, festejaban nuestra presencia bailando y hablando. Hablaban mientras bailaban.

Bebían un líquido espeso de color ámbar que conseguían machacando raíces, escupiendo y orinando sobre ellas y dejándolas fermentar, hasta que caían redondos al suelo. Un niño de siete u ocho años se me acercó una tarde y empezó a contarme algo que sin duda iba para largo, a modo de práctica o ensayo, supuse en ese momento. Yo, aprovechándome de su inexperiencia, lo interrumpí y de un plumazo tomé su lugar. “Un elefante quiere entrar a la casa de una hormiga”, le dije. “Entra, y la hormiga le dice que se vaya. El elefante se va. Al rato vuelve a entrar. La hormiga le dice que se vaya y el elefante se va. Un rato después el elefante entra de nuevo. La hormiga le dice que se vaya y el elefante se va. Pero vuelve a entrar. La hormiga le dice que se vaya. El elefante se va. Espera un momento y vuelve a entrar. La hormiga le dice que se vaya. El elefante se va y al rato entra de nuevo. La hormiga le dice que se vaya. El elefante se va. Un rato después entra de nuevo, y esta vez se queda. Se queda porque la hormiga está afuera”. Me lo contaba mi madre cuando yo era un niño como él. El niño entendió cada una de mis señas, que yo acompañaba haciendo dibujos con un dedo en el suelo, y se retiró vencido. Al rato vino a verme el padre. Cuando uno no entiende la lengua del que le habla y aún así quiere dar testimonio de lo que dice, lo único que puede hacer es imaginarlo, pero imaginar sin inventar, para que se ajuste a la verdad. Ni bien se sentó frente a mí, el padre del indiecito me empezó a contar que años atrás –¡años atrás! si no entendí mal– había peleado con su mujer, que se paseaba por la aldea con un canasto en el que decía llevar un pájaro, y todos le pedían que lo hiciera cantar. Así, no era ella la que terminaba llamando

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA